

Fragmentos del MENSAJE FINAL DEL ENCUENTRO NACIONAL ECLESIAL CUBANO

Los católicos cubanos quisiéramos en esta hora de gracia y de verdad expresar la profunda solidaridad que nos une con todo nuestro pueblo, en fértil comunidad de historia y de destino, solidaridad que asumimos como un compromiso con Dios, Señor de esa historia.

Dirigimos este Mensaje, en primer lugar, a todos aquellos que de una manera u otra han participado en este proceso de reflexión, oración y trabajo; a los miembros de nuestras comunidades, a los hermanos con quienes compartimos la misma fe en Cristo y a todos los cubanos, compatriotas y hermanos nuestros...

En estos días intensos y fecundos hemos sentido la solidaria solicitud de la Iglesia Universal y, en especial, de las más cercanas Iglesias locales de Latinoamérica y el Caribe, hechas presentes entre nosotros en la persona del Emmo. Cardenal Eduardo Pironio, legado del que es signo y sacramento de unidad: el Supremo Pastor de nuestra Iglesia, el Papa; y de varios Obispos del área y de otras Iglesias hermanas que nos han acompañado.

Después de contemplar con mirada de fe nuestro pasado, reflexionando sobre nuestro presente y deseos de proyectarnos hacia el futuro, hemos ido descubriendo la Iglesia que queremos ser. Una Iglesia que, renovando su vocación a la Misión y a la Palabra, lleve con denodado esfuerzo su Mensaje, porque un mensaje, para ser eficaz, debe ser comunicado... debe llegar a los demás.

Queremos ser:

Una Iglesia Misionera: que escucha con renovado empeño la voz de su Maestro que la llama a los confines de la tierra y la envía a predicar a todos. Iglesia que, en razón de su misión, establece con todos un diálogo «que nace en el silencio, madura en la Cruz y se expresa en la alegría Pascual»; consciente de que Dios es el Padre común, y su Señor, el Hermano Universal... Segura de que «el Espíritu sopla donde quiere»...

Una Iglesia Orante: abierta a la libre y liberadora acción del Espíritu, cuya oración brote de la conciencia profunda de su pobreza, de su necesidad de Dios.

Una Iglesia generosamente contemplativa, que tenga a Dios como único absoluto y que encuentre en el contacto profundo con la Palabra de su Señor la fuerza de la unidad y el fuego de su amor. Una Iglesia que, al llevar el Mensaje, comunica su propia y profunda experiencia: proclamar y tener a Dios como único Señor, que es para nosotros la condición misma de nuestra identidad, de nuestra Libertad y de nuestra esperanza, «porque sólo Dios basta». Una Iglesia por tanto, que, con mirada limpia y corazón entero, pueda contemplar, de manera redentora, con los ojos de Dios, al mundo de los hombres y de las cosas, para llevarlos a su Verdad original integradora.

Una Iglesia Encarnada: que comparta con su pueblo las luchas y los logros, las angustias y los gozos. Iglesia pobre, desprendida de poder, deseosa de servir, que pone su confianza en la acción renovadora del Espíritu. Una Iglesia que con la libertad propia de los hijos de Dios se compromete en la edificación de la Civilización del Amor en el seno de una cultura mestiza en constante gestación, marcada por el signo y la presencia de la fe. Iglesia que quiere estar activamente presente en la realidad histórica cubana y latinoamericana con una clara y consecuente vocación de paz.

Con nuestros anhelos, nuestra mirada serena, gozosa, esperanzada, se vuelve hacia María, la Madre del Amor, la Madre de los pobres y sufridos, en cuya tez morena nos vemos reflejados todos los cubanos. Queremos aprender de Ella, Señora Nuestra de la Caridad, a mantener nuestro Sí y a sufrir, como Ella al pie de la Cruz, cuando no quiso contarle al mundo su dolor, sino proclamarle con fuerza su esperanza.

